



3. ORTEGA Y GASSET Y EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD INCONCLUSA DE LOS PUEBLOS JÓVENES DE AMÉRICA

Marta Campomar Fornieles¹

En la América hispana con frecuencia se discute si existe o no el problema de la identidad colectiva de los pueblos, asunto que ha sido objeto de múltiples estudios, de análisis sociales y de filosofía antropológica reproducidos en libros, ensayos o artículos periodísticos. 'El alma' de un pueblo, con su pasado, presente y futuro, lo que equivalía a querer descubrir su identidad hecha en el tiempo, fue una preocupación recurrente en la filosofía de Ortega y Gasset. De aquí que él deriva los hilos imperceptibles del americano, de su modo de hacer nación, con sus idiosincrasias, experiencias humanas, legados hereditarios, sus tiempos vitales, y todo aquello que conducía a una nueva forma de ser porque se ha sido, a intimidades profundas que paulatinamente se convierten en decisiones cívicas, en teorías políticas y en el móvil fundacional de muchas instituciones que intentan resguardar la radical esencia reflexiva de un pueblo a lo largo de los siglos.

Para desentrañar estas altas cuestiones de transformación y evolución social, donde la herencia y la pertenencia al terruño marcaban las pautas de una incipiente conciencia nacional, los interrogantes sobre quién era el exótico y quién el autóctono, y en quién recaía la identidad espiritual del continente –en este caso, el continente sudamericano–, involucraba necesariamente el problema de la identidad española. Juzgadas dentro de la estructura occidental de 'civilización' europea, estas complejas realidades ontológicas e históricas en las que se entrecruzaban la presencia sajona, francesa y portuguesa, pusieron en marcha un extenso debate sobre cómo definir el sitio universal que ocupa América Latina (término nada sencillo en su concepción) dentro del conjunto de naciones, cada una con su modalidad diferencial a nivel social, político y geográfico.

¹ Doctora en Literatura inglesa y española de la Universidad de Leeds. Vicepresidenta de la Fundación Ortega y Gasset Argentina. Integra el Patronato de la Fundación Ortega-Marañón en España. martacampomar@hotmail.com

En Argentina, nación joven, continúa la incesante preocupación por estos temas sobre pertenencia e identidad que, inevitablemente, desembocan en acaloradas disputas sobre "la argentinidad". No faltan argentinos que se siguen preguntando desde el arte, la literatura, el ensayo periodístico, el revisionismo histórico, la filosofía, y la lengua, 'qué somos' y adónde vamos como nación. La generación que conoció a Ortega barajaba la posibilidad de que fuesen europeos de raza blanca, preguntándose respecto del resto del continente cuánto se tenía de nativo-indigenista, cómo transcurrió su mestizaje colonial, y cuánto se debía en sus usos y costumbres a las inmigraciones transformadoras de identidad. En este sentido, Ortega se preguntó con insistencia ante su auditorio criollo cómo se hizo constitutivamente la nación anfitriona. Y marcó su posición desde 1916 con claridad y coherencia cuando afirmaba ante un público porteño que incluía a las colectividades españolas: "he querido acentuar que hay entre nosotros profundas identidades", tomando en cuenta "inegables diferencias" que tenían que ver con distintas edades, asunto que desarrolló con prolijidad a lo largo de su docencia desde el diario *La Nación* y en sus últimas conferencias de Buenos Aires de 1939-1940.

Durante ese período traumático para los españoles él remarca la identidad hispana del continente con su sintética frase sobre "la España que la Argentina fue". En esa solemne ocasión², ante el presidente de la nación y sus autoridades, Ortega recordaba a su audiencia que "Argentina había sido España y lo que alguien fue, sigue inevitablemente siéndolo, bien que en esa peculiar forma de 'haber sido'". Y, haciendo referencia a la estructura cósmica de todo un continente hispanoamericano, añade el pertinente comentario: "Y esa real estructura de lo humano si se tiene el alma prócer, no hay sino que aceptarla, bien entendido que para hacer luego lo que nos cuadre; más por lo tanto aceptarla, reconocerla, no como un reconocimiento de mera idea, sino con todo nuestro ser".

² Ortega y Gasset, José. "En la Institución Cultural Española de Buenos Aires", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 6, pp. 237-238.

A varios años de estas reflexiones, en un artículo más reciente en la sección Enfoques del diario *La Nación* de Buenos Aires, el escritor peruano Mario Vargas Llosa al preguntarse precisamente hacia dónde iba la América Hispana³, inevitablemente roza la cuestión sobre qué somos o cómo nos gustaría ser y cuáles eran las auténticas raíces por medio de las cuales se podría definir una identidad popular. Entre las ambigüedades y paradojas que suscitan estas preguntas emerge, según Vargas Llosa, la abismal contradicción entre el nivel social y político de la América Latina y su compleja producción literaria y artística, así como los grandes contrastes de su realidad étnica y geográfica que, con frecuencia, ponían en entredicho la auténtica cohesión social del continente.

En su análisis retrospectivo, Vargas Llosa observa que “una de las obsesiones recurrentes de la cultura latinoamericana ha sido definir su identidad”, pretensión que él juzga como peligrosa e imposible “pues la identidad es algo que tienen los individuos y de la que carecen las colectividades”. Destaca también que la manía por determinar la especificidad histórico-social o metafísica de un conjunto colectivo, habría echado a correr océanos de tinta en América Latina, generando feroces e interminables controversias, entre ellas las polémicas hispanistas que solían dejar fuera la herencia prehispánica del continente. En ese mismo artículo sobre la utopía mestiza de América Latina, Vargas Llosa admite que existía una tradición cultural, una lengua hispano-mestiza (española o portuguesa) que aportó y aporta su riqueza creativa a la mezcla de identidades heredadas o que se mezclan a lo largo de la historia. A pesar de su escepticismo, el escritor llega a reconocer que esta amalgama era su mejor patrimonio: alega que, con ser un continente que carecía de identidad –porque las tenía todas–, este era su elemento más positivo y enriquecedor. Ser tantas cosas a la vez hace de ella un microcosmos en el que cohabitan casi todas las razas y culturas del mundo.

Esta ecuación, sin duda atractiva, no resulta satisfactoria dado que cada nación conjuga su propia definición del componente racial a su manera. En la América

³ Vargas Llosa, Mario. “La utopía mestiza. América Latina”, en *Sección Enfoques*, *La Nación*, 18 de diciembre de 2005.

hispana, con su conflictivo mestizaje de tipo colonial, emergen todo tipo de variantes identitarias. El caso argentino, especialmente desde su emancipación, fue un modelo antihispano y poco dado a respetar los ingredientes indigenistas para reemplazarlos por una argentinidad de componente inmigratorio europeo. Si se toma en cuenta la obra histórico-sociológica de José Ingenieros, el componente originario fue su principal preocupación sobre la integración nacional.

Lo que se vivía dentro “del hecho americano”, que identificó con claridad Ortega en sus viajes, era el dilema de una psicología de transición, en la cual convivían insuperables lejanías regionales con el desarraigo de grandes masas europeas o asiáticas, portadoras del divino descontento que Ortega atribuía a la historia humana en sí misma, con sus conquistas, colonizaciones, y asentamientos fundacionales. Con claridad, él lo describió como obra de descontento, “como dolor que sentimos en miembros que no tenemos”, sentimiento aplicable al incompleto destino del argentino y que compartían muy especialmente las colectividades españolas adheridas a su legado nostálgico de Hispanidad.

En efecto, a comienzos del siglo XX se argumentaba si la tierra, la sangre, la raza, los ecos de una civilización pasada, la intimidad o sociabilidad de sus habitantes, el instinto tribal, las hormonas, las secreciones, las costumbres genéticas, el factor económico o político eran lo que determinaba el arquetipo de lo nacional. Lo que se debatía era quiénes constituían los ‘nacionales’ de la tierra denominada Argentina, tomando en cuenta distintas etapas integradoras o disociadoras que aparecían en el acontecer histórico, que generaban inclusiones y exclusiones sociales, para conformar una personalidad más o menos exitosa y utópica del sueño de los fundadores argentinos, estructurado alrededor de la centralización y éxito económico del puerto de Buenos Aires.

Dentro de este entramado polémico, Ortega, con la retina perspicaz del viajero, se animó a penetrar “en los naturales entretejidos” del pueblo criollo, con “su resultado total, en su masa conjunta”. Intenta revelar los secretos de su composición y averiguar cómo se desagregaban los elementos de su realidad étnica. Encuadró las aspiraciones de los argentinos en calidad de pueblos jóvenes que habían crecido como repúblicas emancipadas cuando el mundo estaba hecho.

Se insertaban, de este modo, en una civilización europea en crisis con la expectativa de convertirse en otro modelo exitoso de civilización en reemplazo de la decadencia europea y del vetusto modelo español.

Ortega vislumbró que el impulso progresista criollo, que venía de la generación del 80, era un laboratorio especialmente atractivo porque en su proceso de querer "hacer nación", pretendía generar una "civilización" propia, aspiración que sin duda se estaba concretando en el Norte de América, nación poderosa que imponía definitivamente sobre el mundo un nuevo tipo de humanidad americana, consumista, tecnológica, y de poderío militar y científico. El "*american way of life*" de la América puritana, con sus valores de dominio e imperialismo regional, con su cultura del trabajo, consumo masivo y prosperidad sin límites, tenía potencialidad y proyección internacional suficientes como para reemplazar a Europa.

Al respecto, es interesante el diálogo que Ortega tiene con el lector del diario *La Nación* en 1928, cuando trae a colación las ideas de Hegel respecto del provenir de América. En "Hegel y América"⁴ pone en labios del filósofo alemán su creencia de que el Nuevo Mundo no podría suplantar al viejo continente, pero de aspirar a ello, solo el Norte protestante, administrativamente más serio, podría generar "civilización propia", excluyendo completamente de esta categoría a la América Hispana. Según Ortega, Hegel, "de ingenuidad y de crueldad imperial", con patriotismo protestante, le otorgó a los ciudadanos del Norte la posibilidad de ser país del porvenir, por haberse hecho de un sistema compacto de sociedad civil, regida por un Estado orgánico, aunque aclara que los estados libres norteamericanos no podían competir con los europeos. A la América hispana, por su catolicismo y militarismo rezagado, Hegel no le concedió un lugar relevante en la historia occidental: La relega a la categoría de primitivismo prehistórico e incluso vaticina que en la lucha del Norte y del Sur, la supremacía del norteamericano era inevitable.

⁴ *La Nación*, 1º de abril; 8 de abril y 10 de junio de 1928. Ver en: Ortega y Gasset, José. "Hegel y América", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 2, pp. 563-576.

Ortega tomó en cuenta esta perspectiva histórica al dialogar con los argentinos desde la imposición fáctica de la Doctrina Monroe de “América para los norteamericanos”. Él preveía que Argentina, con poca ciencia y tecnología, y con sistemas universitarios no del todo consolidados, no podía aspirar a igualar el poderío del Norte. Otra cosa sería en el pensamiento orteguiano el asumir que Estados Unidos podría reemplazar las antiguas raíces de la cultura europea occidental. En este sentido, Estados Unidos fue siempre para Ortega pueblo joven con su proceso colonial, postcolonial y de inmigraciones nacionalizadas y masificación ciudadana bien estructurada en sus instituciones. En cambio, la Argentina, sostuvo durante años la utopía progresista con contradicciones internas que nunca logró resolver.

Ortega entendía que al descifrar las bases originarias de la argentinidad arraigadas al ser mismo del continente, además de haber sido España en su pasado virreinal, la tierra contenía experiencias humanas de estructura telúrica, de primitividad ancestral, a las que apuntó en su libro *Las Atlántidas*, cuyos fragmentos aparecieron en el diario *La Nación* entre 1923 y 1924.⁵ Al hacerse el argentino algunas preguntas sobre su pasado para definir, presente y futuro, Ortega percibe que anclar el comienzo de su “ser”, de su argentinidad, a partir de 1810, resultaba un ejercicio problemático, porque al declararse república emancipada de España, limitaba su flamante argentinidad a un espacio breve que era solo un fragmento de un acontecer histórico más largo en el tiempo. El desafío que deja Ortega a sus contemporáneos en torno a las celebraciones de sus centenarios patrios, en momentos que florecen nacionalismos retóricos, fue el de acercarse con sinceridad a discutir formas de haber sido, como la hispana y la indoamericana, que comenzaban a reclamar voces hispanoamericanas en un mosaico de identidades revueltas por ideologías que llegaban del viejo continente.

Sin embargo, no fue Ortega el único, ni el primero en abordar estos asuntos de identidad americana irresuelta. En efecto, a comienzos del siglo XX una generación de argentinos entre los que se destacaban José María Ramos Mejía,

⁵ Ver *La Nación*, “Ideas del Tiempo Nuevo”, 25 de marzo y 1º de Abril de 1923.

Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Joaquín V. González, se abocó a esta temática desde distintas disciplinas que abarcaban la medicina, la psiquiatría, la psicología, la historia, la sociología, la geopolítica, la antropología, entre otras. Cada uno de ellos intentó penetrar en la urdimbre del pueblo argentino, definir la composición o descomposición de sus masas dentro del hermetismo tradicional de las razas.⁶ Ortega tomó en cuenta a estos investigadores del alma colectiva argentina; él era consciente de lo que significaban las polémicas hispanoamericanas que se suscitaban en el seno mismo de las colectividades españolas orgullosas de su hispanidad, avasalladas por la opinión pública antihispana.

En esta contienda, a favor del legado español se destacaron (entre 1904 y 1911) dos españoles de envergadura: Antonio Atienza y Medrano, krausista republicano de la primera tanda, fundador de la Revista *España* de la Asociación Patriótica Española, y su fiel colaborador Rafael Altamira. Este último, historiador conocido por sus libros en los que se perfila la psicología de los pueblos. Él interviene poniendo un sano equilibrio ante las objeciones y prejuicios de los argentinos, juzgando las idiosincrasias autoritarias de la Madre Patria, en las que se denigra o minimiza la herencia hispana, incluso como nación europea.⁷ A la supremacía de la cultura imperial norteamericana, anexando territorios y difundiendo su lengua en el continente, le dedicaría Rafael Altamira en la Revista *España* un gran esfuerzo discursivo para evitar el desplazamiento de lo hispano colonial frente al avasallamiento de la cultura anglosajona.

La primera intervención directa de Ortega en estas cuestiones de continentalidad antihispana surge de sus opiniones periodísticas entre 1911 y 1913 en el diario porteño *La Prensa*, muy leído por las colectividades españolas

⁶ Esta interrelación ideológica la hemos desarrollado con amplitud en: Campomar, Marta. *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2009, pp. 79-182.

⁷ Campomar, Marta. *Rafael Altamira, entre Antonio Atienza y Medrano y los antecedentes de la institución cultural española*. En: Rafael Altamira en Argentina, Editorial Aranzadi, Navarra, marzo 2013, pp. 69-90.

de Argentina. Su colega Ramiro de Maeztu ya había terciado en estos asuntos con anterioridad, junto a un periodista vasco, Francisco Grandmontagne. La generación de Blasco Ibáñez, Altamira, incluso Unamuno y otros españoles residentes del grupo de Atienza, conformaron, antes de Ortega, un coro de acaloradas opiniones acerca de las identidades hispanas en América. Cuando Ortega se incorporó al plantel de *La Prensa*, introdujo sus propias dudas al debate y comenzó por cuestionar cómo se estaría conformando el gran útero de América absorbiendo masas tan heterogéneas.

El espíritu inquieto de Ortega comprende rápidamente que las cuestiones de etnicidad y culturas entrelazadas con la herencia europea, eran aún más complejas tratándose de los problemas de identidades antropológicas en que España dejó su simiente cultural e idiomática en pueblos nativos diseminados a lo largo de una geografía monumental. Las presencias o ausencias de pueblos originarios con bolsones de negritud del tráfico de esclavos, eran dimensiones históricas no desarrolladas, que ofrecían al visitante un panorama identitario difícil de desentrañar.

Estos serían, a grandes rasgos, los componentes continentales que percibe Ortega, a lo que se añade en 1911 los prolegómenos inestables de un futuro conflicto en el viejo mundo, en el que dos culturas se enfrentan: la germana y la mediterránea, asociada a "lo latino".

La primera faz que discutirá Ortega desde *La Prensa* en su artículo del 19 de septiembre de 1911⁸ será el afrancesamiento de la cultura argentina, la cual le daba la espalda a la española. Europa se encontraba en palabras de Ortega "en calma chicha", perdiendo así equilibrio y vitalidad. La sensación que transmite es la de "las almas de las razas" que se rozan una contra otra de manera ruda; se sacan mutuamente chispas. Al delicado entramado de las identidades mestizas, se superponían encrucijadas culturales e ideologías en tensión dentro de Europa. En este contexto, sobrevolaba la alternativa de una América futurista, con menos peso

⁸ Ortega y Gasset, José. "Problemas culturales sobre la enseñanza clásica", *La Prensa*, 19 de septiembre de 1911.

de arrastre cultural, para generar una Europa mejor. Pero Ortega se pregunta desde *La Prensa* hasta qué punto se halla vivaz en América la conciencia de su suprema misión intelectual, sin contar con el largo pasado de experiencias vividas por el europeo. El dilema a resolver era cómo generar “alta cultura” en un contexto social de razas sin un denominador común. Ortega le dedicará un examen sutil al problema de las inmigraciones, dado que de ellas emergen otro tipo de europeo, en recesión hacia el primitivismo de su nuevo entorno. En Estados Unidos, por ejemplo, pueblo joven de raigambre puritana, Ortega percibe en sus pioneros este curioso fenómeno de una sociedad tecnológicamente avanzada pero de hábitos infantiles.

No es un detalle menor que Ortega, como muchos de sus colegas de la generación del 14, llevaran sobre sus espaldas la terrible humillación del desastre del 98. No obstante, el pragmatismo orteguiano admite, tras la guerra, la supremacía del Norte, compartiendo en diálogo con amigos argentinos su opinión sobre la Doctrina Monroe de América para los americanos, como el manifiesto geopolítico más contundente de desplazar a Europa del centro civilizador. A Ernesto Vergara Viedma⁹, le comenta que la guerra había dejado al viejo continente sin proyectos de vida futura: “Así va siendo una creencia en las mejores cabezas que esta guerra significa la desviación de la impulsividad histórica desde Europa a América”; y se pregunta, a la vez, si la América española estaría en condiciones “de moderar los movimientos yankees”, a sabiendas que la potencia cuantitativa de los Estados Unidos era abrumadora.

Ortega nunca dejó de reflexionar sobre el curso de las dos Américas, la del Norte y la de Sur, como tampoco perdió de vista el fenómeno de las inmigraciones que alteran las identidades fundacionales del conquistador o el colono de origen. Lo que se impone desde *La Prensa* es la pregunta sobre “cómo trata América el problema de esos millones de emigrantes que acuden de los cuatro puntos

⁹ La carta –inérita hasta entonces– de Ortega a su amigo Ernesto Vergara Biedma se publicó en: Campomar, Marta. *Ortega y Gasset en la Curva histórica de la Institución Cultural Española*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2009, pp. 222-223.

cardinales, atraídos por el inmenso útero virgen”; se plantea “cómo es posible reducir razas heterogéneas a un denominador común”. Y luego cuestiona “hasta cuánto es dable hacer para que esa población heterogénea se eleve a una unidad espiritual, dentro de la cual el nuevo choque de razas que en ella va a verificarse sea aprovechable para el progreso universal”. Lo que siempre tuvo claro Ortega es que lo que se genera en América es otro tipo de europeo. En la inmensa matriz en que se concibe un hombre nuevo, éste será “ni francés, ni italiano, ni español, ni alemán, será este hombre nuevo, sino todos ellos a la vez; es decir lo mejor de cada uno, lo esencial de las razas europeas”.

Estas teorías orteguianas de su artículo sobre la enseñanza de los clásicos, sin haber pisado suelo americano, con el tiempo se irán matizando, a la par que reconoce Ortega variantes históricas y distintas edades en varios continentes¹⁰. A su llegada a Buenos Aires en 1916, en el dilema del “cómo somos”, Ortega establecerá ante el público argentino, diferencias importantes, no solo como europeo, sino también como español.

Si bien Ortega propone con optimismo en 1911 cómo “fecundarse” en la reabsorción de culturas, a su vez advierte contra los peligros de viejas utopías arcaizantes que denotan el cansancio de razas, y apunta al tradicionalismo de las colectividades de ultramar y a los rezagados liberales decimonónicos. En sus mensajes de 1916 entre colectividades hispanas y élites porteñas que forman parte de una vida ascendente, sus teorías sobre el novecentismo incluyen propuestas más drásticas, más rupturistas con las generaciones anteriores, aun con las fundacionales de la patria.

Al concluir su ciclo de conferencias filosóficas desde la Cultural y en centros universitarios del interior, Ortega ofrece en el Teatro Odeón de Buenos Aires una conferencia organizada por la Revista *Nosotros*¹¹, de cara a un público ávido de

¹⁰ Campomar, Marta. *El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea*. En: Ortega y Gasset en la cátedra americana, Nuevo Hacer, Buenos Aires, 2004, pp. 111-173.

¹¹ Ortega y Gasset, José. *Meditación del Pueblo Joven y Otros Ensayos Sobre America*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, pp. 11-24.

tomar contacto directo con la intimidad del filósofo. En este intercambio de “santa conversazione”, confesiones que envía a una raíz ajena a la raíz misma de su persona, desde la intimidad encara el “somos distintos”. Insinúa que en una vida social enferma de ficciones “que fingen entre nosotros proximidades”, con contundencia él responde: “somos tan remotos a despecho de la supuesta fraternidad hispana americana que suele presentarse al final de los banquetes”. El “somos muy remotos” se basa en diferencias históricas que puntualiza argumentando: “yo he nacido en una antigua raza venerable, harta de glorias y angustias ...Y estoy ante vosotros, gentes que habitan en la blanda ribera del Plata ... pueblo de vida germinal ... en *status nascens*”, actuando como un domine entusiasta, un reformista español que ha luchado por renovar la conciencia española. En cambio, ante este pueblo joven, demasiado absorbido por la reorganización económica, lleno de optimismo aspirante, encuentra que está poco preocupado, demasiado poco preocupado de ciencia... pero fuerte, sano y niño. Bajo estas “inegables diferencias”, Ortega dice compartir una “dimensión común”: el tiempo que se vive, siglo joven que aunque padece iniciación turbulenta sobre el abismo de la vida, el 1900 es un siglo de esperanza. Ofrece una nueva manera de sentir, un profundo cambio de sensibilidad que produce una súbita mudanza en la atención, un cambio increíble en el panorama de una época que renace del dolor. Para que una nueva época se ponga en marcha, Ortega propone a los argentinos el “ser distinto de nuestros padres” para discrepar de lo que se ha aprendido y recibido. Más alarmante será todavía su propuesta, cuando insinúa la ruptura drástica con la segunda mitad del siglo XIX que incluye la generación del 80, para los argentinos los que hicieron grande a la patria bajo principios liberales, que Ortega de joven habría cuestionado en su propio país. Ha llegado la hora, dice Ortega de que los hijos entierren sus ideales, para generar algo más dinámico.

Ecos de este mensaje rupturista llegarán a los estudiantes, impulsores de la reforma universitaria de 1918 en Argentina. En la epifanía novecentista Ortega también incluirá a las mujeres, a las *Noras* de Ibsen que exigen una mayor cuota de felicidad. Denuncia Ortega el pesimismo, el utilitarismo, el escepticismo fermentado desde la cultura decimonónica de Francia, y propone para la vida

ascendente de los argentinos una moral más creadora, para poder, de las ruinas, poblar el planeta de pensamientos innovadores. Este razonamiento del joven filósofo en términos generales se desarrolla dentro de un novecentismo hecho a medida de un pueblo joven vitalista.

Sus impresiones¹² en 1916, al despedirse de los argentinos en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa* serán incluso críticamente más puntuales. Él aborda las idiosincrasias del alma colectiva de los argentinos y admira su capacidad porosa que les permite incorporar hombres de toda lengua, religión y costumbre, con una fuerza de atracción admirable. Pero el peligro de esta “facilidad” en la recepción del extraño reside en que a esa porosidad de la sociedad le falte cohesión social. Ante esta situación, “la vida de un pueblo como este sería desordenada, inquieta, turbulenta, brutal e insolidaria”, lo que podría impedir el esfuerzo aunado y común de hacer nación pacíficamente.

Ortega insiste en que el talento de absorber hombres de toda oriundez, depende de la unidad de un Estado, porque “frente a la idea de nación, que supone centenaria comunidad biológica”, el poder imperativo de ese mismo Estado es necesario para contener “grupos humanos de sangres diversas y antagónicas”. Esto, en un país de raigambre liberal, demanda una laboriosa convivencia. A la heterogeneidad que se planteó en 1911 ante el torrente inmigratorio, en 1916 Ortega dirige su mirada hacia un punto importante de la vida colectiva: su Estado socializador. No basta, insinúa Ortega, con “lo que somos” o lo que “parecemos a los demás”. La verdadera esencia se mide por los “usos” más que los abusos y el futurismo reclama exigencias que dependen de las ingentes obligaciones que califican al pueblo criollo hacia su proyecto como nación en crecimiento.

Entre los usos, o abusos Ortega traza los problemas de la vida argentina a nivel colectivo e individual y encuentra una desproporción significativa en la preocupación económica. Y así agrega: “Estas jóvenes naciones, nacidas como colonias de pueblos viejos, tardan más de lo que a primera vista parece en superar la trayectoria que les fue impuesta en su origen. La metrópoli creaba la colonia con una exclusiva

¹² *Ibíd*, pp. 25-39.

intención de negocio, de lucro; y al declararse independiente la filial colectiva suele conservar más de lo que debiera el punto de vista metropolitano. De aquí un como exclusivismo de la función económica, fomentado por los raudales periódicos del aluvión inmigratorio, nutridos con sedientos de riqueza. Los otros pueblos viejos se hicieron en lenta y multiforme evolución a lo largo de la Historia, y ayer combatieron por religiones, y hoy por políticos ideales, y otro día por odios étnicos, por afinidades estéticas inclusive, y solo alguna vez por el oro". De lo cual deduce que "por eso es más compleja e irisada la vida europea que la existencia americana".

Luego de una gira por las universidades del interior del país (Córdoba, Tucumán, La Plata), Ortega se pregunta si hay consciencia pública de tener en toda su plenitud una Universidad, lejos de las frías y pedantes tradiciones heredadas; si hay intención de acabar con sus tendencias practicistas. En ese entonces, triunfa en la sociedad porteña lo utilitario, el libre cambio de Cobden, a costa de la moral y otros valores humanitarios. En política internacional, Argentina no estuvo atenta a los cambios mundiales, a los rumores de un nuevo amanecer norteamericano o japonés, y al hecho de que África podría capitalizar mercados.

Como síntesis final de sus impresiones admite la idea de que cada pueblo es el ensayo de una nueva manera de vivir, que acarrea la misión de crear una nueva figura espiritual. Él no espera nada del argentino satisfecho, del que apuesta a su riqueza ganadera, como el senador Enrique Dickmann quien impugnó la supremacía de la filosofía sobre lo económico rural. Desde un inicio, Ortega destaca el rol de las mujeres, menos agobiadas por el factor económico, y afirma que ellas serían el perfil de la cultura argentina. Sus anhelos y sus nostalgias eran como un molde en el vacío, que un día llenarían en el relieve del arte, la idea y la moral del país. Acababa de conocer a Victoria Ocampo, mujer que ocuparía un lugar relevante en su vida sentimental.

En el segundo número del *Espectador* incluye especialmente a las mujeres argentinas, junto a toda una sociedad que sabía distinguir de valores, con lujo de vitalidad, optimismo y abundancia de juventud. Desde un radio más amplio, Ortega atenderá desde *El Espectador*, preferentemente "a esa comunidad de modulaciones espirituales que llamamos la raza". Incluirá a las repúblicas hispanas, como un

nuevo ingrediente puesto a actuar en la historia del planeta; sería “la raza española, una España mayor, de quien es nuestra península solo una provincia”. Reitera su noción de que españoles y americanos deben libertarse del gesto provinciano, que trivializa su sensibilidad y entumece ideas. “El habla castellana ha adquirido un volumen mundial; conviene que se haga el ensayo de henchir ese volumen con otra cosa que emociones y pensamientos de aldea”.¹³

Desde el diario *La Nación* y *Revista de Occidente*, Ortega continúa desde 1923, dialogando con el argentino, en especial con los jóvenes estudiantes a quienes él impulsó a una reforma universitaria. En tres artículos del año 1924¹⁴ los anima a llegar a la madurez intelectual con disciplina, con rigor, honestidad, y ajustando su pensamiento sutilmente a la realidad. Les recomienda dejar de lado ademanes de heroísmo político, o la beligerancia que se complace en el ataque, para dar lugar a una serena y despreocupada afirmación de las doctrinas positivas. Importa descubrir una nueva ley psicológica o estética; algún nexo histórico; alguna intacta visión metafísica. Al que estudia filosofía le recomienda un viril apetito de perforación de las cosas. Encuentra en las revistas de filosofía demasiado énfasis y poca precisión, una gran propensión al narcisismo de quien al mirar las cosas, tiende a usar de ellas como un espejo donde contemplarse. Y concluye con una dura reflexión: “siempre me ha sorprendido la desproporción que suele haber entre la inteligencia, a menudo espléndida del americano y esa otra facultad de ‘mise au point’ que es el criterio”. Encuentra en el intelectual americano “ese extraño fenómeno secreto de la insuficiencia de su criterio”, lo cual le crea inseguridad en el manejo de las ideas.

¹³ Ortega y Gasset, José. “El Espectador”, “Palabras a los suscriptores”, en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 2, pp. 129-132.

¹⁴ Ver “El deber de la nueva generación argentina”, *La Nación*, 6 de abril de 1924; “Para dos revistas argentinas”, *La Nación*, 27 de abril de 1924, y “Carta a un joven argentino que estudia Filosofía”, 28 de diciembre de 1924. Ortega y Gasset, José. “El Espectador”, en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 4, pp. 347-351.

Énfasis, petulancia, narcisismo y falta de criterio en la anatomía y fisiología diversa de las sociedades hispanas: Ortega detecta que estas operan dentro y fuera de la psique, de la consciencia personal de los sudamericanos. Por lo tanto, se requiere disciplina interior; una reforma, primero, de la intimidad para modificar grandes construcciones como la Universidad, el Estado, la Sociedad y el Universo. Les impulsa a que abandonen el sublime deporte cósmico que es la reforma del mundo, y a ocuparse de cosas serias, como sería cambiar el armazón formal del Estado, de la riqueza, de las ciencias. Se requiere de almas enérgicas, mentes claras y estables para estos propósitos nacionales, especialmente "precisión mental". Todo ello sin que lo serio se convierta en algo gris, triste, sin alegría muscular, como en Europa, viejas sociedades que necesitarían "una salvadora puerilidad" de estilo juvenil.

Ortega continuó su diálogo con el pueblo joven dirigiéndose a las mujeres desde *La Nación* y desarrolló su filosofía sobre lo femenino y el amor, movilizando las mentes de sus lectores dentro de su razón vital e histórica. En su segundo viaje de 1928, a su regreso, desde *El Espectador*, profundizará su crítica sobre las idiosincrasias argentinas en sus dos ensayos "La Pampa Promesas" y "El Hombre a la defensiva" de 1929¹⁵. No olvidemos que para Ortega estas idiosincrasias, o formas de ser, eran usos constitutivos, que de ser ingredientes identitarios pasaban a ser ideologías políticas, modos de crear una nación, o formar un Estado adaptado a la piel de una sociedad en transformación. Lo mismo ocurre con el paisaje, órgano que ejerce funciones intransferibles y revelan ocultos modos de ser étnicos, diferentes al de otras tierras.

De la Pampa surge un ideal del criollismo como una tierra de mies, paisaje abstracto que representa la fortuna del hombre "oeconomicus", horizonte de inagotables ademanes de abundancia, con sus lejanías y promesas irrealizadas. Ortega reflexiona que dentro de esta vida vacua, desde ilusiones que actúan como si fuesen realidades consumadas, casi nadie está donde está, sino por delante de

¹⁵ Ortega y Gasset, José. "El Espectador T. II", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 7, pp. 635-663.

sí mismo y desde allí el argentino ejecuta su destino. Su impresión es que “la forma existencial del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual”. Es como una rueda de la fortuna individual, no colectiva o genérica y cuando las promesas no se cumplían, las derrotas en América eran atroces. Es así como queda el hombre mutilado, seco, sin explicaciones, sin cuidado para sus heridas. El problema radica en la “inverosimilitud en que posaba su expectativa. Ortega considera que el alma criolla estaría llena de gestos promisorios; se le ha ido la vida sin haber pasado; encuentra el hueco de su propia existencia y cae en un eterno descontento. Una vida evaporada sin que se advierta: éste era el gran drama de tantas promesas incumplidas.

En su intento como viajero por definir el alma argentina, Ortega encuentra una gran desproporción entre lo que aún es la Argentina y el ruido que produce en el mundo; se habla casi siempre mal de ella. Es el argentino símbolo de humanidad deficiente, y sin embargo Ortega encuentra en su gente resortes valiosos, siempre y cuando sus habitantes pongan su vida primariamente en vivirla.

Al inmiscuirse en la intimidad del carácter criollo, Ortega es consciente de que estaría penetrando en los secretos del terruño, secretos que se absorben con las raíces del ser y que exigen radicación. En su segundo artículo, “El hombre a la defensiva” irá aún más a fondo con un análisis psicológico sobre las peculiaridades del hombre argentino, excluyendo a la mujer, aunque a la hora de describir los rasgos sobresalientes “del alma argentina”, aparecerá en su análisis el guarango y la guaranga sin distinción.

Si el paisaje pampeano aparece embriagado de irrealidad, con gente que lo habita con promesas de futurismo utópico en la sociedad urbana, las fracturas y los fracasos, el alma quieta del burgués es otro dilema que también forma parte del futuro imaginario argentino. Pero lo que más le sorprende es la alta idea que tienen de sí mismos. La Argentina era una nación que quiere ser de “alta historia, y mantiene la pasión frenética de ‘vivir en grande’”.

Desde la psicología de los pueblos en que se considera especialista, Ortega vislumbra contradicciones, anacronismos desequilibrados en la modalidad humana criolla. Por un lado, era pueblo de resortes vigorosos; por el otro, se vivía una vida

de ficción, donde los ciudadanos pierden autenticidad, atrofian su intimidad y no llegan a suscitar una nueva moral. Todo esto se debía, indudablemente, a que existe un abismo entre lo que se quiere ser y lo que se es.

En la altanería de sus proyectos habían desarrollado un Estado rebotante de autoridad, triturador de individuos y masas. Dentro del panorama internacional que se vivía en Europa él advierte que “bolchevismo y fascismo son dos ejemplos de un Estado máquina”, creados para aplastar individuos y grupos. Ese es ejemplo de primitivismo político que irrumpe en la civilización. En este contexto se pregunta si el Estado hipertrófico argentino “no padecerá lo mismo de las naciones europeas”.

Con respecto al hombre del Plata, afirma que es persona corporalmente europea, habla idioma europeo, se viste como europeo y tiene ideas europeas, pero en esencia es radicalmente distinto al europeo; “son seres moralmente distintos, uno se queda fuera de él”. Las “almas” de Asia, África y Oceanía se diferencian de la europea por sus contenidos vitales; tienen una intimidad radicalmente distinta, como para sentirse fuera de sus secretos. Lo que le llama la atención del argentino es que hablando el mismo idioma, asimilando ideas compartidas, uno siente que se queda en la periferia de su alma; pone delante una máscara y se vuelve pueril. Todo es fachada, coraza autoprotectora en su conducta. Es un hombre que se hermetiza y se dispone a la defensiva, sin saber quien lo ataca. Esa preocupación defensiva, de empaque personal, le impide ser sincero. Y le preocupa su persona convencional, su figura profesional o social, el puesto o rango que ocupa, trasladándose a vivir dentro del personaje que imagina ser.

En este sutil análisis psicológico, Ortega atribuye la coraza defensiva en parte al aluvión inmigratorio, al apetito de masas que amenazan su puesto de trabajo, y con su audacia y feroz apetito de hacer fortuna (afán de riqueza anómalo que produce crisis económicas constantes), el ciudadano se siente en alerta, defendiendo su espacio. Además nota Ortega que se vive en un entorno donde la capacitación, la eficiencia, la gente preparada para un oficio, sucumben ante el audaz, que aspira a cualquier puesto oficial. Se impone el hombre factoría, no del todo naturalizado, incompetente y sin adherirse a su oficio. Y ello genera falta de vocación en puestos públicos o privados porque nadie se entrega a nada. Aunque

admirablemente dotado, el hombre del Plata no siente la vida como misión; todo le resbala como si no aceptara su destino.

A este bosquejo –que Ortega admite que tiene un elemento de exageración–, se le añaden los ingredientes de un patriotismo radical colectivo, alimentado de una fe ciega en su destino glorioso. Su comentario pertinente es que “habría que deshacer a la persona para disociarla de su nación”. El argentino narciso vive de su espejo, del culto a la idea de sus posibilidades imaginarias o efectivas. Y si bien el narcisismo puede tener rasgos positivos, el argentino es en extremo narciso: cuida su papel y se hace constatar desde lo exterior. Esta modalidad humana, opina Ortega, deriva en el guarango o la guaranga, ser que se siente superlativo, único, embriagado en su personalidad maravillosa. Este impreciso personaje, que suele ser además egoísta, se alimenta de triunfos, se vuelve violento, agresivo e impertinente. Insulta y estalla con agresividad verbal y gestos exagerados y pone en riesgo la argentinidad misma.

El impacto de estos provocativos artículos dejó una profunda huella en la consciencia argentina, con adversarios que no cesaron de polemizar en torno a su “autenticidad”, o su identidad nacional irresuelta. Esta enérgica respuesta colectiva motivó la contestación de Ortega que apareció plasmada en el artículo “Porque he escrito ‘El hombre a la defensiva’” desde el diario *La Nación*¹⁶. Allí Ortega es contundente, y da en el clavo sobre lo que considera es el verdadero problema del argentino: “yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia argentina es su reforma moral”. Es una convicción, añade, madurada durante muchos años, y sobre un pueblo que puede ser una gran nación si se lo propone.

En el último viaje del exilio entre 1939 y 1942, en un mundo en alteración, Ortega sintetiza su definitiva versión sobre la cuestión del qué somos, adónde vamos, qué queríamos ser, y la realidad contundente de cómo se estaría haciendo nación la Argentina en los albores de otro nuevo conflicto mundial.

¹⁶ Porque he escrito “el hombre a la defensiva”. *La Nación*, 13 de abril de 1930. Ortega y Gasset, José. “El Espectador”, en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 4, pp. 69-74.

En su discurso, en ocasión del aniversario de los 25 años de la Institución Cultural Española retoma la problemática del inexorable destino: el de Argentina que habría sido España. La forma de comunidad existente entre las naciones centro y sudamericanas y España es para Ortega, “una realidad que subsiste más allá de toda voluntad o de todo capricho que quiera negarla o destruirla”. Estos pueblos de habla, sangre y pretérito español constituyen “otro repertorio de formas de vida”; e insiste el filósofo en que comparten “cosas consabidas”. En el contexto de un conflicto bélico, donde la fe y las creencias se volatilizan¹⁷ lo consabido era como un tesoro común que había que preservar. Además, esa porosidad hacia España, proporcionaba a estos pueblos jóvenes, una vena rica y profunda de largo pretérito histórico. Al finalizar la guerra civil, Ortega en medio de grandes polémicas sobre la hispanidad, deja entrever que esa colonia española que fue Argentina, debía conducir al “somos algo común en todo tiempo, en la hora feliz como en la amarga”.

Dentro de su razón histórica, al analizar al colono hispano, Ortega argumentaba que en el nuevo mundo el hombre americano deja de ser español para crear un nuevo modo de ser español. Los conquistadores fueron los primeros americanos. Todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma caminaban, sin proponérselo o quererlo, en dirección convergente, irán siendo cada vez más homogéneos: “Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España avanzan hacia formas comunes de vida. Y no se trata de una aproximación política sino a algo más importante: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”.

¹⁷ Ver su serie de artículos en *La Nación* sobre Luis Vives: “Vives: Humanismo y Renacimiento”, 24 de noviembre de 1940; 1º de diciembre de 1940 “Sobre la volatilización de una fe” y 15 de diciembre “descreimiento, asfixia y rebelión”. Estos artículos son una ampliación de su conferencia en el Colegio Nacional de Buenos Aires sobre la figura de Luis Vives en ese mismo año 1940. Ortega y Gasset, José. *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 9, pp. 505-543.

Al finalizar este discurso Ortega anunciaba su conferencia en la Universidad de La Plata, *Meditación del Pueblo Joven*¹⁸, y mantiene esta categoría aun cuando advierte que se estaría llegando al fin del proceso colonizador. Ante estudiantes que generacionalmente no lo conocen, afirma que “pueblo joven es una frase hecha– un tópico que circula por el habla cotidiana”. En esta conferencia retorna al tema de las edades, niñez, juventud, madurez o caducidad, en los mismos términos con que se habría expresado sobre Estados Unidos: “Mientras la exuberancia de los medios en comparación con problemas reanima al hombre colonial insuflándole una sensación de prepotencia, acontece que el primitivismo de los problemas del medio vital en que cae –la selva, el campo “virgen”, la soledad–, tira de él hacia atrás, hacia lo primitivo. Estas frases de 1931, sobre “los nuevos Estados Unidos”¹⁹ son igualmente aplicables al colono español, argumentando que el hombre de vieja raza europea, el español, se vuelve adolescente, y comienza a converger hacia un nuevo tipo corporal común y “nadie sabe por qué secretas químicas acontece esto”.

Lo cierto es que los problemas más primitivos simplifican al colono quien se ha instalado en una zona vital distinta, más fácil, generando prepotencia, petulancia y poderío. Pero, a la vez, es hombre que retrocede hacia lo elemental y en esto consiste su juventud. Razona Ortega que el anacronismo de una vida más moderna y la interna elementalizada constituyen en esencia el fenómeno colonial poco analizado por historiadores o sociólogos de su época.

Esta teoría orteguiana dejó asentado, como en 1916, que la vida en América tiene otra edad que en Europa. La vida sudamericana en las ciudades contiene menos ingredientes, menos facetas que en los pueblos viejos. Producen otras pasiones, conductas, descontentos, irritaciones. Pero cuando la vida colonial se extingue, se acaba el vivir *ex abundantia*, y el carácter bucólico termina por diluirse hacia la madurez.

¹⁸ Ortega y Gasset, José. “Meditación del Pueblo Joven”, en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 8, pp. 389-406.

¹⁹ Ortega sobre Estados Unidos escribió dos artículos: “Los nuevos Estados Unidos”, 22 de marzo de 1931 y “Sobre los Estados Unidos”, 6 y 8 de agosto de 1931 y 16 de septiembre de 1931.

Al finalizar esta conferencia de La Plata, Ortega anticipa su *Meditación de la Criolla*²⁰, serie de charlas en la radio en las que recoge el último eslabón de la argentinidad y de la cultura criolla, y lo realiza desde una antropología filosófica que incluye como eje civilizador a la mujer.

Ortega no desea asociar a la criolla solo con los argentinos y menos con la mujer porteña. Se concentra en la continuidad genética de todo un continente hispano, como resultado del lento mestizaje de siglos de convivencia entre nativos, españoles, criollos, colonos, e inmigraciones cosmopolitas. La formación de la criolla durante cuatro siglos le resulta asunto complejo pero fascinante. Incluye siglos de genealogía y presencia española en América dentro de un silencioso proceso en que la sangre nativa se une al conquistador. Fue, en sus palabras, como "un paludismo ameridiano" donde se funde la vida de la mujer inca con la del hidalgo montañés, o autoridad virreinal asentada en el terruño. Esta mezcla era común en todo el continente, y con esta misma miel de la criolla, a su entender, se habría formulado paulatinamente el origen de la argentinidad, apartando la cuestión de la criolla fuera del ambiente porteño donde la criolla se había diluido en costumbres foráneas. Es aquí donde Ortega gira su mirada hacia el noroeste argentino donde todavía sobrevivía este prototipo de mujer fundamental sudamericana. La criolla podía subsistir a tres mil metros de altura, tanto como en las regiones urbanas mezcladas con el inmigrante, pero siempre sería un tipo distinto y peculiar, una forma femenina que él encuentra vital, inteligente y dueña de sí misma.

La inestable argentinidad que Ortega detectó entre 1911 y 1916, seguía estando vigente en los años 40; la sociedad adolecía de las mismas manquedades residuales de la era colonial. Era una república democrática pero socialmente inequitativa, caciquil, con un régimen oligárquico de castas, como en tiempos del virreinato. Ortega retoma la pluma desde *La Nación* para hacer un último llamado de responsabilidad a las élites patricias. Las sacude de su letargo liberal decimonónico para confrontarlas a una reformulación de sus utopías fundacionales.

²⁰ Ortega y Gasset, José. "Meditación de la Criolla", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 8, pp. 389-406.

En un país de identidades irresueltas donde se incuban resquemores y violencias, Ortega presagia en su serie de artículos sobre el Imperio Romano²¹ futuras tempestades que se harán carne en el populismo peronista en ciernes. En esta serie de reflexiones insinúa que si no se deciden los liberales y las élites a ser "bisagra", y a desarrollar una política de concordia, otras oscuras fuerzas emergentes irrumpirán en el panorama político, como se dio en Roma.

En su última docencia en Argentina, Ortega no deja caer nunca la problemática de la irresuelta identidad argentina en tiempos de masas emergentes y avasalladoras. "Desde su Hombre a la Defensiva", en su serie sobre "El Imperio Romano" en *La Nación*, en sus conferencias sociológicas de Amigos del Arte sobre "El Hombre y la Gente", Ortega pasa de un espacio a otro y de generación en generación, auscultando la movilidad social de los argentinos. Consigue abrir un gran debate sociológico sobre Argentina en América desde la Revista *Sur*²² de Victoria Ocampo. La identidad irresuelta fue, sin dudas, un diálogo recurrente en Ortega, un hilo conductor que se cortó lamentablemente con su frustrante partida de regreso a Europa en 1942 en los prolegómenos de la inserción peronista en la historia nacional.

Los argentinos seguimos preguntándonos, de crisis en crisis, qué somos, adónde vamos, qué queremos ser, y cuál es nuestra contundente posición dentro del continente y de la cultura occidental. Dudamos sobre cuál sería nuestro rincón en el gran universo. No es un asunto menor o inexistente. Ha inspirado, como insinuó Vargas Llosa, miles de textos y respuestas encontradas e inacabadas. Hoy día, a nivel continental sudamericano, el interrogante sigue tan vigente como en los tiempos de crisis europea. Los ricos y críticos comentarios de Ortega deberían

²¹ Ortega publicó en *La Nación* su serie "Del Imperio Romano" los días 30 de junio, 28 de julio y 11 agosto y 25 de agosto de 1940. Ortega y Gasset, José. *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 6, pp. 51-107.

²² En septiembre de 1940 la revista *Sur* organiza una serie de tertulias abiertas sobre "Relaciones interamericanas" en las que surgen discusiones sobre argentinidad, paraguayidad y bolivianidad. Era la primera vez que se sacaba a la superficie el asunto del nativo americano.

ofrecernos estimulantes puntos de vista y contactos creativos con el pasado como para provocar cambios e integración, en un mundo contemporáneo, nuevamente alterado y complicado por inmigraciones en masa y xenofobias recurrentes.

El qué somos y adónde vamos permanece así como una prioridad latente, para comprendernos mutuamente en el mundo de las comunicaciones transnacionales. A pesar de que Ortega no pudo vislumbrar los efectos de una sociedad porosa a las redes sociales, los textos de Ortega y Gasset, en lengua española, continúan reciclándose con gran actualidad en medio de fuerzas transformadoras, como propone la razón vital e histórica de su pensamiento filosófico. Pensamiento activo, siempre atento a modificaciones en el proceso de transmigración de civilizaciones, que perfora identidades regionales, culturales, históricas, antropológicas en medio del desafío de hiperdemocracias masificadas.

REFERENCIAS

- Campomar, Marta. *El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea*. En: *Ortega y Gasset en la cátedra americana*, Nuevo Hacer, Buenos Aires, 2004, pp. 111-173.
- Campomar, Marta. *Ortega y Gasset en la Curva histórica de la Institución Cultural Española*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2009.
- Campomar, Marta. *Ortega y Gasset en La Nación*. Editorial Elefante Blanco, Buenos Aires, 2003.
- Campomar, Marta. *Ortega y Gasset, Luces y sombras del exilio argentino*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2016.
- Campomar, Marta. *Rafael Altamira, entre Antonio Atienza y Medrano y los antecedentes de la institución cultural española*. En: *Rafael Altamira en Argentina*, Editorial Aranzadi, Navarra, marzo 2013, pp. 69-90.
- González, Joaquín. *El juicio del siglo*. Editorial Rosario, Rosario, 1945.

- Ibarguren, Carlos. *De Monroe a la Buena Vecindad. Trayectoria de un imperialismo*. Domingo E. Taladriz, Buenos Aires, 1946.
- Ingenieros, José. Dos filosofías políticas. *Revista de Filosofía* N° 3, Mayo, 1917.
- Ingenieros, José. *El hombre mediocre*. Editorial Renacimiento, Madrid-Buenos Aires, 1913.
- Ingenieros, José. Historia, progreso y porvenir. *Revista de Filosofía*, Año IX, n° 2, marzo de 1923.
- Ingenieros, José. *Prólogo a la obra de Carlos Octavio Bunge Nuestra América. Ensayo de psicología social*. Valerio Abeledo Editor, Librería Jurídica Buenos Aires, 1905.
- Ingenieros, José. *Sociología Argentina. Obras completas revisadas y anotadas por Aníbal Ponce*. Tomo VIII, Edición L.J. Rosso, Buenos Aires.
- Institución Cultural Española. *Anales*, Tomos I a V, Buenos Aires, 1947, 1948, 1952 y 1953, Talleres Gráficos Linari-Talleres Gráficos Lamb y Cía.
- Medin, Tzvi. *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Octavio Bunge, Carlos. *Nuestra América*. Heinrich y Cía Editores, Barcelona, 1903.
- Ortega y Gasset, José. "En la Institución Cultural Española de Buenos Aires", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 6, pp. 237-238.
- Ortega y Gasset, José. "El Espectador T. II", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 7, pp. 635-663.
- Ortega y Gasset, José. "El Espectador", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 4, pp. 347-351.
- Ortega y Gasset, José. "Hegel y América", en *Obras Completas*, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 2, pp. 563-576.

- Ortega y Gasset, José. *"Meditación de la Criolla"*, en Obras Completas, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 8, pp. 389-406.
- Ortega y Gasset, José. *"Meditación del Pueblo Joven"*, en Obras Completas, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983, tomo 8, pp. 389-406.
- Ortega y Gasset, José. *Meditación del Pueblo Joven y Otros Ensayos Sobre América*, Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- Ramos Mejía, José María. *Las multitudes argentinas*. Editorial Kraft, Buenos Aires, 1952.
- Ramos Mejía, José María. *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida*. Editorial F. Granada y Cía, Barcelona-Madrid, 1904.
- Rojas, Ricardo. *Blasón de Plata*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1941.
- Rojas, Ricardo. *Eurindia. Ensayos de estética sobre las culturas americanas*. Losada, Buenos Aires, 1951.
- Rojas, Ricardo. *La Argentinidad*. Editorial Librería La Facultad, Buenos Aires 1916.
- Salaverría, J. M. Ideas argentinas. *ABC*, Madrid, 7 de febrero de 1924.
- Terán, Juan. *El nacimiento de la América Española*. Taller Miguel Violetto, Tucumán, 1927
- Vargas Llosa, Mario. La utopía mestiza. América Latina. En: *Sección Enfoques*, La Nación, 18 de diciembre de 2005.
- W.AA. *La obra de Rojas. 25 años de labor literaria, 1903-1928*, Editorial Librería La Facultad, Juan Roldán, Buenos Aires, 1928.